

Christopher Dyer. *A Country Merchant, 1495-1520. Trading and Farming at the End of the Middle Ages*. Oxford, Oxford University Press, 2012, 272 págs.

Christopher Dyer, profesor emérito de la Universidad de Leicester, es uno de los medievalistas más importantes de Inglaterra y, desde mi punto de vista, uno de los más lúcidos e innovadores. Son muy conocidos sus libros *Niveles de vida en la Baja Edad Media* (Dyer, 1991), *Making a Living in the Middle Ages: The People of Britain* (Dyer, 2002) y *An Age of Transition? Economy and Society in England in the Later Middle Ages* (Dyer, 2005). Todos ellos, especialmente el último, se inscriben en el viejo debate acerca de la crisis de la economía medieval a fines de la Edad Media. Frente a lo que se venía tradicionalmente diciendo, donde se afirmaba que los siglos xiv y xv fueron catastróficos para el mundo rural inglés, con bajada de las rentas, crisis y estancamiento demográfico, tensiones sociales, disminución del crédito y del dinero, y caída de la productividad, Dyer –al igual que otros, como R.H. Britnell o B. Campbell– sostiene que hubo una subida de los salarios reales, una mejora en el nivel de vida y un aumento de las transacciones comerciales. Afirma que en el periodo comprendido entre 1375 y 1520, la economía y la sociedad inglesas experimentaron importantes cambios: mejoras en la dieta, aumentos del consumo per cápita en el vestido, la casa, determinados pequeños objetos de lujo y en bienes y servicios. Para él, dicho crecimiento económico vino propiciado por los influjos del mercado y por el impulso del crédito y de la demanda, por lo que sostiene que hay que reconsiderar este periodo de la historia inglesa, e, incluso, llega a hablar de una «Nueva Edad Media». Según dicho profesor, el análisis del periodo bajomedieval debe hacerse desde unos planteamientos distintos de los empleados para estudiar la Revolución Industrial, pues hubo en aquel momento un crecimiento económico, que no vino acompañado de crecimiento demográfico. Investigaciones que coinciden con lo que hoy se está indagando para estudiar la crisis del siglo xiv en el mundo mediterráneo (Bourin et al., 2011).

En el libro *A Country Merchant* vuelve a dichas conclusiones, pero desde una perspectiva diferente: el estudio de un personaje, John Heritage, propietario de tierras, comerciante de lana, prestamista, mercader minorista y ganadero del pequeño pueblo de Moreton-in-Marsh, en Gloucestershire. El descubrimiento de un libro de sus cuentas, más la información recogida en otras fuentes, permite al autor reconstruir con gran rigor científico la biografía de este mercader local. Pero, como señala él mismo, no pretende hacer una simple biografía de un personaje histórico –tan de moda en la actualidad–, sino, partiendo del estudio de su trayectoria vital, analizar la economía y la sociedad inglesas de esa época, entremezclando metodologías tomadas de la historia biográfica, de la historia local, de la historia del paisaje y, sobre todo, de una espléndida historia económica y social. John Heritage debió de nacer en torno a 1470 en el seno de una familia de medianos campesinos de Warwickshire. Él, a la muerte de su padre en torno a 1495, siguió con la explotación agrícola, a la que sumó el arrendamiento de otras tierras en poblaciones vecinas. Pero, posteriormente, vendió dichas posesiones, trasladándose a Moreton-in-Marsh, en Gloucestershire, para explotar los bienes de su esposa, convirtiéndose en granjero, arrendatario de pastos, ganadero y comerciante de lana al por menor, que vendía a artesanos de la comarca, aunque también entró en contacto con los grandes mercaderes laneros de Londres. Es, pues, un claro ejemplo de ascenso social y, en cierta manera, de un «protocapitalista», que está participando en los cambios que se están produciendo en la economía inglesa.

El libro se estructura en 7 capítulos con sus respectivas conclusiones, donde su autor analiza sucesivamente las características del campo inglés entre 1495 y 1520, la reconstrucción del linaje familiar de los Heritage, el mundo rural existente en Gloucestershire, sus negocios laneros, el cambio que supuso la expansión de la ganadería

lanar con la extensión de los cercamientos, la sociedad rural (campesinos, señores, trabajadores) y el papel de los individuos dentro de las comunidades campesinas. Son especialmente destacables las páginas dedicadas a la comercialización de la lana, donde vemos cómo nuestro protagonista no solo trafica con su propia lana, sino con la de otros ganaderos. Si, en un principio, compra a grandes propietarios, lo más normal es que lo haga con pequeños y medianos ganaderos. A su vez, describe minuciosamente todo el proceso de su comercialización, desde la recogida, clasificación y transporte de la lana hasta las ventas de pequeñas cantidades a pañeros locales y la de mejor calidad a los grandes comerciantes exportadores de Londres. A cambio, distribuye géneros de procedencia diversa, incluso algunos extranjeros. Pero lo más interesante desde el punto de vista de la historia económica y social es ver cómo la mayor parte de las transacciones se hacen a crédito en operaciones informales, donde la confianza juega un gran protagonismo. Esto le permite afirmar que en la sociedad rural inglesa de finales del siglo xv el crédito estaba muy presente, creándose, en consecuencia, fuertes redes sociales, que iban desde el simple productor al gran mercader, en las que todos sus participantes estaban vinculados por operaciones crediticias y que a ninguno de ellos interesaba desmontar. Se compra a crédito y se vende a crédito, de manera formal e informal. El endeudamiento era, pues, una fuerza que unía a las sociedades locales, aspecto que ya se encargó de señalar hace años C. Muldrew para la Inglaterra del siglo xvii (Muldrew, 1998); modernas investigaciones están demostrando que tales mecanismos y redes existían en otras partes de Europa (Carboni y Muzzarelli, 2012).

Todos estos negocios de John Heritage revelan que el mundo rural inglés estaba en un proceso de cambio, donde los influjos del mercado eran muy fuertes. En este caso, el atractivo que supone cercar las tierras para dedicarlas al pastoreo y a la ganadería lanar se vio favorecido por la existencia de instituciones públicas y privadas seguras, así como por la presencia de una competencia y de una densa red de ferias y mercados. Este fenómeno no es exclusivo de Inglaterra, aunque aquí echamos en falta que C. Dyer no haga comparaciones y paralelismos con otros casos europeos, ya que actualmente existe sobre el particular una abundante y renovada bibliografía. En suma, se podría decir que estamos ante una sociedad donde se están produciendo cambios estructurales, que hacen que los habitantes de las pequeñas localidades estén accediendo a los mercados nacionales e internacionales. El libro puede, pues, enmarcarse –aunque su autor no lo pretende– en la larga bibliografía acerca de la «transición al capitalismo». Sin embargo, la visión que da sobre este mercader es muy matizada y poco dogmática, ya que señala que John Heritage estaba plenamente integrado en la sociedad local, donde sus protagonistas se mueven en contextos en los que existe una fuerte presencia de las cofradías, de las prácticas colectivas y, especialmente, de las instituciones comunitarias. Estas eran, frente a lo que a primera vista puede parecer, más poderosas que el individualismo capitalista, lo que no impide que estemos ante una «Edad en Transición».

En conclusión, estamos ante un libro sugerente que, partiendo de un caso particular y local, permite establecer conclusiones de historia general. Ahí reside el gran mérito de su autor, pues nos aporta un espléndido panorama de la sociedad y economía inglesas de finales de la Edad Media. Pero, al mismo tiempo, es una obra muy útil para los investigadores de otros territorios, como, por ejemplo, los españoles. En estos mismos años se están produciendo acá cambios muy parecidos: personajes que ascienden socialmente, la proliferación de ferias y mercados, la aparición de pequeños mercaderes locales conectados con los grandes comerciantes internacionales, y, sobre todo, una economía más integrada e interrelacionada con los mercados foráneos. De ahí que pueda servir de modelo de análisis para la historia económica española de la época preindustrial, donde los temas del

comercio interior y minorista siguen siendo un agujero negro historiográfico.

Bibliografía

- Bourin, M., Carocci, S., Menant, F., To Figueras, L., 2011. *Les campagnes de la Méditerranée occidentale autour de 1300: tensions destructrices, tensions novatrices*. *Annales HSS* 3, 663–704.
- Carboni, M., Muzzarelli, M.G. (Eds.), 2012. In Pegno. Ogetti in Transito Tra Valore d'uso e Valore di Scambio (secoli XIII-XX). Il Mulino, Bologna.

- Dyer, C., 1991. *Niveles de Vida en la Baja Edad Media: Cambios Sociales en Inglaterra, c. 1200-1520*. Crítica, Barcelona.
- Dyer, C., 2002. *Making a Living in the Middle Ages: The People of Britain 850-1520*. Yale University Press, New Haven, Connecticut.
- Dyer, C., 2005. *An Age of Transition? Economy and Society in England in the Later Middle Ages*. Oxford University Press, Oxford.
- Muldrew, C., 1998. *The Economy of Obligation: The Culture of Credit and Social Relations in Early Modern England*. Palgrave Macmillan, Basingstoke.

Hilario Casado Alonso

Universidad de Valladolid, Valladolid, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2013.06.004>

Luis Alonso Álvarez, Margarita Vilar Rodríguez y Elvira Lindoso Tato. El agua bienhechora. El turismo termal en España 1700-1936. Alhama de Granada, Observatorio Nacional de Termalismo-Ministerio de Agricultura, 2012, 207 págs.

Hace unos años, a propósito de un libro sobre turismo en España, escribí que el termalismo constituía *per se* un episodio de relevancia histórica y que, además, su importancia en el desarrollo histórico del turismo era innegable. Ya entonces, en ese orden consciente, quise decir que el termalismo, sin necesidad de vincularlo al origen del turismo moderno, justifica una reflexión independiente y necesaria porque es un capítulo apasionante en la historia de Europa. Hoy insisto en mantener ese orden. Definitivamente, el balnearismo es mucho más que el obligatorio capítulo que debe preceder a todas las historias del turismo. Este libro que aquí reseño me lo confirma. Todos los vértices que confluyen en él son atractivos. Lo es la historia de sus establecimientos, la de la legislación que animó o entorpeció su desarrollo, la de las formas de sociabilidad de los agüistas, la del régimen de su propiedad, la de la consolidación de una nueva disciplina médica y, también, cómo no, la de la revolución que supuso la aparición de nuevos placeres sensoriales y una sensibilidad distinta sobre el cuidado del cuerpo que todavía hoy no ha terminado. Ahí es donde el balneario enlaza perfectamente con las historias del turismo.

De hecho, de todas las posibles historias del balnearismo, esta es la que más atención ha requerido porque, sin duda, el renacimiento de los balnearios y su influencia en el turismo es uno de los temas mimados del turismo histórico. Los propios autores de este nuevo libro ya habían publicado magníficas monografías sobre balnearios gallegos (2009, 2011), pero también los trabajos de Gil de Arriba, Carlos Larrinaga, Montserrat Rodríguez Sánchez o José María Urquía, entre otros, nos han demostrado las posibilidades historiográficas de este tema que, igualmente, ha interesado a médicos y geólogos, conscientes todos de la influencia del agua en la cultura europea.

Este libro, en ese sentido, no aporta grandes novedades, pero sí sintetiza y consigue una visión de conjunto desde un punto de vista cronológico y geográfico que da perspectiva al fenómeno. A mi juicio esta es una historia «total» del balnearismo, donde todos esos factores que antes apuntaba aparecen de una forma u otra (aunque creo que es, básicamente, una historia jurídico-económica del mismo), y ese es su principal mérito, sobre todo para aquellos lectores que se quieran acercar al tema por primera vez. Sin embargo, y por su título, parece prometer una historia común de balnearios y turismo. Esta es una canónica y bien hecha historia del balnearismo español, pero no tanto una historia del turismo termal porque lo que aquí se analiza es el auge y declive del fenómeno de las aguas desde que «renacieron» a finales del siglo XVIII hasta la Guerra Civil, cuando los balnearios tocaron fondo, aunque fuese una muerte anunciada desde principios del siglo XX.

Me parece que una historia del turismo termal es, o debería ser, otra cosa, porque desde finales del XIX tendría que dialogar mucho más con todo aquello que no era estrictamente terapéutico, como fue la aparición del gran hotel, la oferta de ocio o la promoción turística (que se tocan muy por encima), y, fundamentalmente, con el litoral, que es algo así como el sucesor «turístico» del primer balnearismo interior. Creo, también, que la historia de los balnearios no es una historia turística; es, más bien, una historia social. Quiero decir con esto que los miles de bañistas que desde mediados del siglo XIX acudían a los, cada vez más, abundantes balnearios, no eran turistas, eran otra cosa. De hecho, si el balnearismo hubiese sido turismo no habría desaparecido, todo lo contrario.

Dicho esto, sin duda hay que reconocer que a la historia del turismo, el balneario le interesa porque es el mejor ejemplo de cómo cristalizó la nueva sensibilidad europea hacia el cuerpo y su relación con el medio (higienismo), una revolución clave para entender los inicios del turismo moderno en varias de sus modalidades. Desde un punto de vista de una historia más generalista, su lección no es menos sugerente porque su paradójica evolución es, en el fondo, la historia de un gran fracaso. Cuando los balnearios empezaron a ser aquello a lo que aspiraban: grandes centros de salud, bien dotados, bien regulados y con facultativos cualificados, fue, precisamente, cuando la demanda empezó a caer. Así, mientras la hidrología médica se esforzaba por explotar las fuentes termales y mejorar sus métodos hidroterapéuticos (pulverización, inhalación, afusión, vapores, inmersión, etc.), otras ramas como la inmunología y la bacteriología, en muy pocos años, terminaron ganándole la partida a la sanación por las aguas, incapaz de competir con ambas. En este sentido la historia de los balnearios es, y en este libro así queda demostrado, la de un movimiento relativamente rápido de ascenso y caída, prácticamente concentrado en el siglo XIX, aunque tenga 2 cabos sueltos en los siglos XVIII y XX.

El auge del balneario fue ligado a los cambios estructurales del siglo XIX. Fue la nueva regulación liberal y sus cambios en el régimen de la propiedad de las aguas lo que facilitó que el primer capitalismo español pudiese invertir en casas de baños, y fue, en segundo lugar, la modernización de las infraestructuras de transporte y movilidad, la condición indispensable para que fueran miles de bañistas los que pudiesen acceder a ellos. Como ambas condiciones eran un hecho en los años de la Restauración, para esas décadas el balnearismo español vivió su momento de mayor esplendor. Los autores dedican todo un capítulo a este período (1875-1922), cuando llegó a haber 138 balnearios declarados de utilidad pública repartidos por todo el territorio nacional, aunque fue en el País Vasco donde se convirtió en un verdadero fenómeno empresarial y social, habida cuenta del gasto en ellos, casi el doble que en Cataluña y Aragón, la segunda zona por gasto balneario, y muy por encima del resto de España; a propósito de esto, aprovecho para agradecer la abundancia de cuadros y tablas que ayudan mucho a comprender su magnitud, cuantitativa y cualitativa. Por esos años, los mejores balnearios llegaron a ser verdaderas ciudades en miniatura, con